

ASPECTOS COMPARATIVOS DEL SOCIALISMO EN EL TERCER MUNDO: TEORÍA Y REALIDAD DE LA MODERNIZACIÓN

H.C.F. MANSILLA

EL SURGIMIENTO DE REGÍMENES socialistas, dirigidos por partidos marxista-leninistas, en medio de las sociedades agrarias, tradicionales y preindustriales del actual Tercer Mundo, no estaba previsto por la teoría marxista original; no es explicable adecuadamente por medio de categorías y conceptos marxistas ni aun mediante las diferencias, ampliaciones y derivaciones más sutiles.

Estos regímenes socialistas no han cumplido con la función emancipadora prevista y postulada por el marxismo original; se han reducido, en líneas generales, a crear la estructura productiva necesaria para la instauración de una sociedad industrial de corte moderno. Este esfuerzo centrado en torno a la esfera económico-técnica se acompaña, casi sin excepción, del establecimiento de un orden interno claramente autoritario, antidemocrático, antipluralista y uniformante, que, por lo menos en la época actual, conforma la característica central y más notoria de los sistemas socialistas, tanto de aquellos sometidos a la influencia soviética cuanto de los que aún gozan de cierta autonomía.

En líneas generales, se puede afirmar que variadas sociedades del Tercer Mundo denotan una clara dicotomía entre el crecimiento modernizador acelerado, de un lado, y la carencia de libertad y democracia, de otro. Karl de Schweinitz¹ ha formulado la hipótesis de que la tradición liberal-democrática sería inadecuada para los procesos de modernización en el siglo XX, y que la combinación de industrialización con elementos democráticos en el siglo XIX se debió a una conjunción única de circunstancias históricas que no se repetiría fácilmente. De ser esto correcto —y hay muchos fenómenos actuales que apuntan a esa dirección— las perspectivas para el Tercer Mundo no son demasiado promisorias: el desenvolvimiento histórico sería proclive a un *nuevo absolutismo*, como ya lo conoció la historia antes de la Revolución Francesa, cuando se echaban las bases para la modernización europea. La etapa liberal-democrática constituiría entonces un mero episodio en la evolución universal, limitada tanto en el tiempo como en el espacio. Los efectos de la modernización acelerada bajo signos socialistas en el Tercer Mundo parecen confirmar

¹ Karl de Schweinitz, *Industrialization and Democracy. Economic Necessities and Political Possibilities*, Glencoe, The Free Press, 1964, pp. 10, 269-273, 276.

la instauración de ese nuevo absolutismo. En estos procesos, se ha privado al marxismo de su racionalidad y de su universalidad, que ha adquirido más bien tintes populistas, nacionales y emotivos para servir, sobre todo, como instrumento de movilización masiva. En líneas generales, las corrientes socialistas surgieron en el Tercer Mundo antes de que se produjese un despertar político consciente y de amplia base, y han funcionado como vehículo para los anhelos de progreso material y de identidad nacional. Subrayando la prioridad de la industrialización, estas tendencias han encarnado aspiraciones colectivas y han dado una respuesta práctica a los sentimientos de inferioridad latentes en aquellas sociedades con respecto al mundo occidental. Por ello, el socialismo tercermundista denota ciertos aspectos irracionales, los que se han manifestado en sus exageraciones nacionalistas, en su relación ambivalente con los centros metropolitanos y en el desprecio de los valores más notables de la tradición occidental.

La ambivalencia de ese nexo consiste en la adopción de la tecnología occidental y en el aprovechamiento de los conocimientos científicos logrados en los centros metropolitanos y, simultáneamente, en el intento de revitalizar tradiciones propias en la cultura política o crear un estilo propio en este campo. En África, por ejemplo, la nueva identidad viene a ser una amalgama de cultura autóctona con logros técnicos europeos.² En Irán, donde a partir de la revolución islámica de 1979 se ha ensayado de manera radical el regreso a las fuentes de una cultura autóctona, el rechazo de los valores occidentales no ha sido tan completo como se cree: el Ayatollah Jomeini, en su entrevista con Oriana Fallaci, ha designado al progreso material y a los avances tecnológicos como "las cosas buenas de Occidente", rechazando únicamente las "costumbres y las ideas" de Europa como algo despreciable.³ Es decir la vuelta a lo genuinamente propio y la consolidación de la identidad nacional iraní significan en realidad un modelo de desarrollo con elementos autóctonos en la esfera de la política y la cultura, y la importación de objetivos y paradigmas foráneos en el terreno de la economía y la tecnología.

No se puede negar que estas exaltaciones de la identidad nacional tienen carácter muy híbrido: la gente que combate a los diablos occidentales utiliza sin el mínimo escrúpulo el armamento más refinado de los inculcados arsenales metropolitanos, se sirve de modernas técnicas de comunicación y transporte, anhela profundamente la construcción de altos hornos, y al mismo tiempo le parece una terrible blasfemia leer un libro de filosofía racionalista, establecer un régimen parlamentario de gobierno o respetar los derechos individuales. El uso de las ametralladoras se ha convertido en la cosa más obvia del mundo, pero la práctica de la democracia representativa es vista como una traición

² Un estudio basado en testimonios africanos: Charles F. Andrain, "Democracy and Socialism: Ideologies of African Leaders", en David E. Apter (comp.), *Ideology and Discontent*, New York, The Free Press, 1964, op. 179, 192.

³ Oriana Fallaci, *Una periodista acusa al ayatollah Jomeini*, en: *Última Hora* (La Paz), 2 de noviembre de 1979, p. 13.

al acervo nacional y como una burda imitación de instituciones exclusivamente imperialistas.

Precisamente el hecho de que sea *obvia* la relación *positiva* con la esfera tecnológico-económica adoptada de Occidente sugiere que los diversos regímenes modernizantes del Tercer Mundo, independientemente de su constitución política, no han podido generar un paradigma autónomo de desarrollo, y se aferran con más intensidad a lo propio en el terreno de la política y la cultura para salvar fragmentos de una identidad genuina y auténtica. Después de todo, uno se siente muy mal si se da cuenta que los aspectos relevantes de la vida cotidiana y del progreso tan anhelado han sido concebidos dentro de un grupo de naciones por las que uno siente una viva antipatía, mezclada con una admiración no tan consciente a causa de los logros de la civilización industrial. Es, en todo caso, una mixtura explosiva de sentimientos, que se vuelca hoy contra la cultura metropolitana en nombre de un pretendido progresismo político.

Los teóricos marxistas y los gobernantes socialistas consideran *nolens volens* al llamado Primer Mundo como el marco normativo de referencia para determinar qué cosa es atraso y adelanto. Los criterios básicos son la existencia de una industria pesada, el florecimiento de una tecnología avanzada, la consolidación de un Estado nacional fuerte, expansivo y respetado internacionalmente y la adquisición de un alto nivel de vida.⁴ Predican la “emulación de Occidente” autores que han dedicado su vida a la crítica del capitalismo: Paul A. Baran escribió que las naciones periféricas debían, “a su modo”, alcanzar lo que habían logrado Francia, Gran Bretaña y América con sus revoluciones;⁵ los representantes de la teoría latinoamericana de la dependencia han creado conceptos centrales como “subdesarrollo”, “dependencia”, “heterogeneidad”, “estancamiento”, “marginalidad”, “periferia”, “satélites”, etc. derivándolos de “desarrollo”, “autonomía”, “homogeneidad”, “dinámica”, “integración”, “metrópolis”, “centros” y otros que caracterizan a las naciones del Norte y a la *positividad* normativa a escala mundial.⁶ Todos estos enfoques teóricos tienen como contenido sólo *determinaciones negativas*: sus categorías fundamentales y su especificación del subdesarrollo resultan ser criterios de déficit y recuento de carencias, que surgen mediante la confrontación con la situación actual de los países más avanzados del Norte, que adquieren así de manera obvia —y, por ende, inmovible— la dignidad de paradigmas históricos.

⁴ Dieter Senghaas, *Weltwirtschaftsordnung und Entwicklungs-politik. Plädoyer für Dissoziation*, Frankfurt, Suhrkamp, 1977, pp. 14, 28, 38, 41, 67, 79, 89, 178, 269. Senghaas recapitula brillantemente las teorías latinoamericana y africana de la dependencia, tomando sus puntos de vista; aquí se evidencia en forma clara la “dependencia” de estas teorías con respecto al “sistema” que atacan tan enfáticamente.

⁵ Paul A. Baran, “On the Political Economy of Backwardness”, en *Manchester School*, vol. 20, octubre 1952, pp. 82 ss.

⁶ Theotonio dos Santos, *La estructura de la dependencia*, en Sweezy, Wolff, Dos Santos y Magdoff, *Economía política del imperialismo*, Buenos Aires, Periferia, 1971, pp. 60 ss.

Esta genuina dependencia del criticado modelo metropolitano se manifiesta en el tratamiento que los "dependentistas" dan a los grupos empresariales de los países periféricos: si éstos han logrado un éxito comparable a la burguesía capitalista europea, como en el caso del Japón, entonces se les admira casi irrestrictamente;⁷ si sus resultados son más modestos, entonces merecen sólo el calificativo de clases explotadoras y vendidas a los intereses extranjeros.

La búsqueda de un orden modernizado justifica los medios: en el primer caso, las maldades del capitalismo pasan a segundo plano, en el último brota toda la censura posible, incluyendo la de índole moral. Es inútil buscar aquí los criterios humanistas de Marx y los referidos a los fenómenos de enajenación para juzgar la función de la propiedad privada. Ante esta fascinación por aquellos modelos de modernización acelerada no es de extrañar la popularidad de que gozan los métodos stalinistas —depurados de algunos excesos— en la conciencia colectiva del Tercer Mundo.

En un plano menos teórico y más práctico se puede percibir igualmente cómo el progreso material occidental se ha transformado en el parámetro obvio para evaluar todo sistema socioeconómico. En 1961, Kruschov prometió el goce del comunismo más completo, constituido, empero, por la plenitud del bienestar material. El socialismo existente tiende a convertirse en una variante de la política social exitosa; la meta ya no es el "hombre nuevo", sino "el automóvil nuevo". Si se toma como objetivo el alcanzar cuantitativamente el ingreso *per capita* de las naciones más avanzadas de Occidente, se establece cualitativamente como fin del experimento socialista copiar cabalmente al indiscriminado capitalismo, lo cual permite advertir, irónicamente, los fracasos del socialismo en la vida cotidiana.

En China, la evolución que siguió a la Revolución Cultural puede ser interpretada como un intento modernizante que deja a un lado conscientemente las veleidades de un experimento radical y autóctono y se concentra en los métodos habituales para industrializar un extenso territorio. Todas las facciones del Partido Comunista Chino han querido convertir a su país en una potencia mundial grande y fuerte; las diferencias entre ellas es el camino hacia tal fin. Los sucesores de Mao Tse-Tung se decidieron tras una década de controversias por la imitación de los centros metropolitanos en lo que se refiere al progreso material. Sacando a relucir una posible cita del Gran Timonel de 1956, los altos dirigentes tienen en vista el sobrepasar a Estados Unidos como objetivo central del programa modernizador.⁸ En realidad, lo que anhela China Continental es obtener las conquistas de Taiwan en la industria, la agricultura, la educación y la occidentalización de la vida cotidiana bajo su régimen político.

⁷ Senghaas, *op. cit.*, pp. 91-99; Baran, *op. cit.*, pp. 71-74. Para una interpretación del desarrollo japonés más diferenciada y con mención de sus elementos autóctonos instrumentalistas, véase David E. Apter, *Ideology and Discontent*, en D.E. Apter (comp.), *op. cit.*, p. 24.

⁸ Karl-Heinz Janssen, "Wie ein Ochse arbeiten. Maos Nachfolger mobilisieren die Massen für einen neuen Sprung nach vorn", *De Zeit*, 20 de mayo de 1977.

Hasta en Cuba las últimas metas perseguidas por la mentalidad colectiva son las anticipadas por la civilización occidental. Como lo señala Helga Strasser, el estudio universitario, las profesiones intelectuales, el estándar de vida de Estados Unidos y el desarrollo como progreso meramente tecnológico conforman las aspiraciones y los ideales de la juventud cubana, en especial, la que proviene de un origen humilde. Mientras que el trabajo manual cae paulatinamente en descrédito se admira —y no se censura— el consumismo de los centros metropolitanos. La base de esta posición está formada por una fe inmovible en el progreso material.⁹

Otros ejemplos de modernización socialista en el Tercer Mundo no han tenido tanto éxito, pero tampoco ninguna originalidad. En Corea del Norte, por ejemplo, el régimen se destaca por su nacionalismo que linda en el fanatismo, por el grotesco culto a la personalidad del Gran Jefe, por aspectos francamente totalitarios en la educación, en la vida familiar, en las relaciones sociales, en el trato de los niños, en la sexualidad y en la actividad política. Se advierte aumento en el nivel de vida, se ha creado una notable industria pesada desde locomotoras hasta tractores. La fascinación del modelo norcoreano reside en la construcción de esa “industria industrializadora”, que tanto gusta a los teóricos socialistas lejos del lugar de los hechos y tan poco a los que tienen que soportarla cotidianamente.

El precio ha sido alto. El desarrollo estrictamente económico, privado de todo elemento democrático, coadyuva a erigir un tipo extraordinariamente resistente de tiranía. La técnica se transforma en vehículo de opresión y consolidación del régimen totalitario. Entre las instituciones que más se aprovechan de la tecnología moderna para mantener un estado represivo y regresivo se hallan la policía y el departamento de agitación y propaganda. Corea del Norte es un buen ejemplo de una sociedad orwelliana: en la capital han sido instalados innumerables altavoces que “ofrecen” a cada barrio música, consignas del partido y alabanzas al Gran Jefe desde la mañana hasta la noche. La vida cotidiana se transforma así en un infierno inescapable, y la conciencia colectiva no tiene otro destino que degenerar en infantilismo político.¹⁰

Tampoco es posible discernir algo genuinamente propio en la revolución iniciada el 28 de abril de 1978 en Afganistán por un grupo de pequeños burgueses radicalizados y frustrados: su marcada inclinación hacia la Unión Soviética, su imitación de todo el simbolismo comunista, su dogmatismo, su brutalidad en el trato de los disidentes, aunque sean del mismo partido, su olímpico desprecio por procedimientos democráticos y su instrumentación de las medidas clásicas contenidas en los manuales de economía política sugieren un burdo remedo del modelo soviético con todos sus errores.

Debemos convencernos, aunque sea penoso, de que nadie, y menos los pueblos, aprende de las experiencias de otros. Es probable que la extrema pobreza y el atraso del país hayan inducido a esos grupos insatisfechos de la clase

⁹ Helga Strasser, *Sozialistischer Alltag in Kuba, Lateinamerika-Berichte*, 4 (24), 1979, p. 8.

¹⁰ Horst Kurnitzky, “Chollima Korea”, *Kursbuch*, núm. 30, diciembre de 1972, p. 101.

media a adoptar lo que podría llamarse el núcleo simplificado de la modernización socialista en el siglo XX: obsesión por un cierto tipo de desarrollo material acelerado (favorecimiento de la industria a costa de los bienes de consumo), inclinación a la represión política y al control severo de la población. En todo caso, lo que sí llamó la atención en Afganistán fue la cantidad de presos políticos, el poco respeto por tradiciones religiosas y tribales, la manía por la uniformidad, la liturgia de la dictadura del proletariado (en un país que carece de proletariado), la prohibición explícita de toda otra agrupación política y la exaltación de unanimidad ficticia.¹¹

Por lo que se ve el socialismo en el Tercer Mundo no ha sido demasiado original: copia de modelos foráneos, introducción de una ética laboral puritana,¹² carga de los costos del desarrollo acelerado sobre las espaldas de obreros y campesinos por medios coercitivos, una vez que ha pasado la fase heroica y redistributiva de los primeros tiempos, y satisfacción de ciertas necesidades sociales y psicológicas en los estratos medios radicalizados.¹³ En cuanto a las pautas sociales de comportamiento, todos los experimentos socialistas han exigido la introducción de una ética semejante a la del calvinismo en los primeros tiempos de la modernización de Occidente: una moral muy rígida en la esfera del trabajo, costumbres privadas severas y una marcada degradación del placer. La distancia entre la realidad del atraso existente y las metas deseadas puede ser acortada sólo mediante esfuerzos globales, y la moralidad social adopta entonces la función de un importante instrumento para canalizar las energías individuales por las rutas señaladas desde arriba. Lo que ocurrió más o menos espontáneamente y bajo el velo de la religión al comienzo de la sociedad burguesa, sucede ahora de manera planeada en gran escala por el Estado.

La alusión al calvinismo nos lleva a una pista importante: tanto la ética estricta como la represión política son instrumentos de una estrategia destinada a reproducir la *acumulación primaria* del capital en el lapso de tiempo más breve posible, imitando bajo signos socialistas este proceso cardinal de la modernización occidental, que puede ser considerado como el fundamento mismo para todo intento de industrialización. También en los modelos socialistas ha habido la imperiosa necesidad de concentrar los capitales dispersos, de insertar por la fuerza las economías naturales dentro del circuito del intercambio, de expropiar masivamente los bienes de productores independientes (campesinos y artesanos) y de conformar un proletariado sin defensas frente al poseedor del capital centralizado. La acumulación en manos del Estado socialista ha significado igualmente la generación de riquezas materiales que vie-

¹¹ Andreas Kohlschütter, "Dies Russen in der afghanischen Falle", *Die Zeit*, 24 de agosto de 1979. Véase también la entrevista con Hafizullah Amin, "Wir sind ein Staat der Arbeiterklasse", *ibid.*

¹² Para el equivalente en África, véase Andrain, *op. cit.*, p. 172.

¹³ Para esta problemática en el caso cubano, véase James M. Malloy, "Generation of Political Support and Allocation of Costs", en Carmelo Mesa-Lago (comp.), *Revolutionary Change in Cuba*, Pittsburgh, Pittsburgh University Press, 1971, pp. 38, 41.

nen de fuentes situadas fuera del conjunto de la economía nacionalizada: la expropiación de una parte del producto de los campesinos y artesanos, la explotación de los pequeños productores, la introducción de presiones fiscales de todo tipo, la inflación como modo de extracción de impuestos, el trabajo no remunerado, labores forzadas en campos de concentración y aprovechamiento de países socialistas más débiles.¹⁴ Aunque los regímenes socialistas difieren entre sí según la aplicación de ciertas medidas y el grado de las mismas, todos ellos son en el fondo variantes del modelo soviético de acumulación primaria de capital, del que se adaptan ciertos rasgos comunes: expoliación de las capas de la población empleadas en los sectores preindustriales, restricciones al consumo, colectivización o, por lo menos, control severo de la agricultura, legislación draconiana en torno a la regulación del trabajo en todos los campos, apropiación de todos los excedentes económicos de parte del Estado centralista, implantación de un sistema muy burocrático de controles a todos los niveles y una amplia gama de medidas de coerción política. En la Unión Soviética, uno de los grandes economistas del periodo heroico (perteneciente a la oposición antistalinista), Probrashenskii, definió la acumulación socialista como la transferencia de recursos del sector presocialista al socialista: debían llevar la carga de la acumulación los campesinos y la agricultura, a los cuales Probrashenskii denominó correctamente “nuestras colonias”,¹⁵ aludiendo al papel que desempeñaron las posesiones de ultramar en la acumulación de capital de los principales países de Occidente.

Hay que señalar que la concepción de la acumulación primaria socialista no es compartida por muchos marxistas independientes y que el mismo Probrashenskii se dio cuenta de las implicaciones de su teorema: la industrialización acelerada y a costa de los campesinos que él proponía traería severos cortes en el consumo de las masas y la implantación de un amplio sistema de controles e intervenciones para instrumentar las expropiaciones a los productores no industriales. Pero esto significaría el fin de la democracia proletaria. La falta de una teoría diferenciada, desarrollada a partir de Marx y no de Lenin, y el esquematismo difundido entre todos los dirigentes rusos les impidió considerar otras alternativas que no fuesen el ultraindustrialismo de Stalin y la evolución “a paso de caracol” de Bujarin.¹⁶ No hay que asombrarse de que Probrashenskii, uno de los ideólogos principales de la “acumulación primaria socialista”, apoyase finalmente la política de industrialización forzada emprendida por Stalin, con los costos sociales que son bien conocidos.

El desarrollo basado en la “acumulación socialista” —término que con-

¹⁴ Véase el instructivo-ensayo de Kostas Papaioannou, “L’accumulation totalitaire”, en: *Le Contrat Social*, 7 (3), 1963.

¹⁵ Rossana Rossanda, “Die sozialistischen Länder: ein Dilemma der westeuropäischen Linien”, en: *Kursbuch*, núm. 30, diciembre de 1972, p. 27.

¹⁶ Sobre esa problemática en general, véase Alexander Erlich, *The Soviet Industrialization Debate 1924-1928*, Cambridge: Harvard University Press, 1967; Robert Vincent Daniels, *The Conscience of the Revolution*, Cambridge, Harvard University Press, 1965, p. 374.

tradice el núcleo mismo del marxismo primigenio —no es exclusivo de la Unión Soviética, aunque allí tuvo el giro y la brutalidad típicas de la primera vez. En todo caso, esta variedad de acumulación representa la *reproducción de la acumulación primaria capitalista*, con todos sus rigores y privaciones, realizada en un lapso de tiempo muchísimo más breve y bajo la propiedad y planificación estatales. Es probable que este proceso reitere los antagonismos, la alienación y la inhumanidad típicas de la modernización capitalista, pero estos fenómenos negativos pasan más o menos inadvertidos, porque se considera equivocadamente que la sociedad socialista es mucho más perfecta que la capitalista y que sus defectos son meros problemas de crecimiento, con lo cual éstos tienden a perpetuarse. En un punto parece que los comunistas —con excepción de Stalin— se equivocaron totalmente: la acumulación y la industrialización no hicieron más simples las funciones de control y administración, no fomentaron una democracia más igualitaria y no ayudaron a abolir las jerarquías estatales. La rápida construcción de una industria en gran escala, la centralización administrativa concomitante y el crecimiento de la autoridad administrativa impulsado por razones técnicas destruyeron no sólo los sueños de los bolcheviques en torno a una sociedad más libre, sino que demostraron que todo proceso de acumulación y modernización requiere muchos sacrificios y control y poca democracia y libertad, independientemente del régimen político vigente. La burocracia soviética, por ejemplo, ha sido más “perfecta” que la occidental, liberada de las presiones de sindicatos y grupos de poder autónomos. En realidad, la modernización socialista lleva a la Unión Soviética y a otras naciones de su órbita a adaptar sus sociedades a la disciplina y centralismo de la industria moderna mucho más que el mundo occidental.¹⁷

Los resultados han sido mediocres. La consecuencia final de la modernización socialista es convertir a la sociedad entera en una gran fábrica, con su disciplina específica, sus jerarquías inconvencionales y con su clase dominante de gerentes y técnicos. La Unión Soviética anticipó el destino del socialismo en el Tercer Mundo: no llegó a ser el sistema ideal basado en una industria ya establecida, con participación popular efectiva en la toma de decisiones y con una distribución equitativa del producto económico, sino un régimen dirigido casi exclusivamente a llevar a cabo la acumulación y la modernización aceleradas y a superar el atraso, destacando las jerarquías económicas y la autoridad burocrática. Perdieron la partida los socialistas que creían en una utopía postindustrial, idealistas formados en la tradición occidental de la Ilustración. Ganaron los que propugnaban un asalto dictatorial al subdesarrollo, imbuidos de las viejas tradiciones totalitarias de la Rusia zarista.¹⁸

Para un espíritu escéptico, Cuba es también un caso de modernización socialista periférica que, pese a los enormes esfuerzos de su población, no ha logrado resultados por encima de lo mediocre. Las diferentes estrategias puestas en práctica en Cuba (desarrollo de la industria pesada con Ernesto Gueva-

¹⁷ Daniels, *op. cit.*, pp. 406 ss.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 406-408.

ra en los primeros años del régimen, luego fomento masivo de la caña de azúcar como pilar de la economía) han tenido como fin común conseguir un nivel de producción y consumo comparable al de los centros metropolitanos. El camino hacia esta meta ha sido espinoso. Después de una breve etapa redistributiva al comienzo de la revolución, el proceso de acumulación y modernización ha seguido las pautas habituales de privaciones y sacrificios, limitados estos últimos por un exitoso programa de ayuda a los más necesitados de la población. En líneas generales, la acumulación primaria socialista en Cuba se ha basado en el principio stalinista de “crecer primero y repartir después”,¹⁹ que trae consigo una serie de fenómenos propios de toda modernización incipiente, alejados de los ideales de Marx acerca del socialismo y la emancipación: sueldos y salarios determinados estrictamente por el rendimiento laboral,²⁰ extensión del tiempo de trabajo “voluntariamente” o por medios coercitivos, aumento de la jornada laboral, creación de una ética que exalte y cohoneste estos aspectos, introducción de innumerables medios de control tanto en el lugar de trabajo como en la esfera privada y difusión de una ideología de la resignación y del acatamiento. Dejado atrás el periodo heroico y los experimentos con la “nueva moral”, el ubicuo principio de rendimiento realizó también su marcha victoriosa en la isla, como lo había hecho antes en todos los otros regímenes socialistas: toda empresa debe ser redituable, todos los rubros de la economía deben funcionar eficientemente y la administración debe, en todos los casos, exhibir mayor eficacia.²¹ Aquel principio y este énfasis general en el aumento de la productividad no han podido evitar resultados muy modestos tanto en el sector productivo²² como en el de servicios, y consecuencias muy deplorables en lo humano: reducir al hombre a un número y manipularlo según los requerimientos de la planeación económica; ensalzar a los trabajadores que sobrepasan las normas de producción dictadas desde arriba, están satisfechos con el sistema y son incapaces de crítica alguna contra éste; y consolidar la obediencia, la resignación y la pasividad política. Esto se advierte en la educación, que ha adquirido un carácter eminentemente técnico y sirve también, desde el jardín de niños, como instrumento de control sobre el desarrollo de cada individuo.²³

Esta misma política, que en el campo laboral ha llevado a la militarización del trabajo,²⁴ ha conducido a una reglamentación muy estricta de todas las actividades sociales. En ambos casos la argumentación favorable a la Re-

¹⁹ Helga Strasser, *op. cit.*, p. 3.

²⁰ *Ibid.*, p. 4; Marta Harnecker (comp.), *Cuba, ¿dictadura o democracia?*, México, Siglo XXI, 1975, pp. 45, 108. Este principio fue acogido por el artículo 44 de la nueva constitución cubana.

²¹ Strasser, *ibid.*, pp. 3 ss; Reinhold Keilbach, “Entwicklung und Perspektiven der Kubanischen Wirtschaft”, en *Latinamerika-Berichte*, 2 (12), 1977, pp. 45-56.

²² Hermann Josef Mohr, *Entwicklungsstrategien in Lateinamerika*, Bensheim, Kübel, 1975, p. 126. Las cifras compiladas por Mohr sobre la producción de alimentos en Cuba no son muy positivas para el régimen castrista.

²³ Strasser, *op. cit.*, p. 7.

²⁴ H.J. Mohr, *op. cit.*, p. 128.

volución Cubana ha subrayado la eficacia de factores tales como la centralización, la unidad de voluntades, la introducción de estructuras jerárquicas claras y sencillas, la eliminación de "críticas no constructivas" al sistema y la concentración de inclinaciones políticas dispersas y divergentes, factores que pueden traducirse en un incremento de la producción media. Pero, como dice Mohr,²⁵ la militarización y el autoritarismo no evitan, favorecen el recelo ante la iniciativa y la responsabilidad individual, el conformismo, el poco interés genuino por la actividad cotidiana, la dilapidación de fondos públicos, la predilección por proyectos gigantes, la pesadez del aparato burocrático, la ejecución pasiva e ineficiente de las órdenes, la infalibilidad de las decisiones tomadas "arriba" y la incapacidad de crítica.

El comportamiento cotidiano de los trabajadores, el ausentismo, la baja productividad, la indisciplina y su reverso oficialista (las leyes contra la vagancia, por ejemplo), son testimonios de que una buena parte de los cubanos no se identifican con el Estado socialista, ni con la fraseología propagandística, ni con las consignas de una autocracia antidemocrática.

El modelo modernizador cubano tiene una indiscutible semejanza con el colectivismo burocrático,²⁶ y poco que ver con los ideales de Marx (como toda modernización en las periferias). Ello no se debe únicamente a fenómenos contingentes, como la dictadura personalista del "máximo líder", sino también a causas más profundas e intrínsecas: la planeación centralizada y detallista excluye *per se* toda posibilidad efectiva de gestión conjunta y auto-administración; el pleno empleo es, en parte, una mera apariencia, pues encubre todos los innumerables casos de puestos totalmente inútiles y superfluos creados para acabar artificialmente con el desempleo; el aparato burocrático, muy inflado, suministra un aporte reducidísimo a la generación de un genuino excedente económico; la prevalencia absoluta del marxismo-leninismo crea un ambiente dogmático e intolerante, donde los disidentes políticos van fácilmente a parar a la cárcel; y el sistema autocrático engendra indefectiblemente una casta dominante militar y burocrática, que puede mostrarse paternalista hacia la población, pero que sabe muy bien defender y ampliar sus privilegios e intereses.²⁷

Investigadores favorables a la Revolución Cubana reconocen que ésta ha sido un intento socialista-estatal de modernización, basado en la movilización instrumentalista de las masas, dirigido por una élite no controlada democráticamente y con una adjudicación de costos sociales similar a la del modelo soviético.²⁸ Se ha tratado, como en todo intento periférico de modernización, de comprimir en unos "cuantos años" un proceso que en Occidente "necesitó más de un siglo para realizarse". Bajo tales circunstancias, el marxismo se transforma de una herramienta crítica de análisis en una "ideología central

²⁵ *Ibid.*

²⁶ Nelson P. Valdés, "Cuba: ¿socialismo democrático o burocratismo colectivista?", *Aportes*, núm. 23, enero de 1972, pp. 25-52.

²⁷ Véase la instructiva crítica de H.J. Mohr, *op. cit.*, pp. 134 ss.

²⁸ James M. Malloy, *op. cit.*, pp. 24 ss., 28, 32, 38.

y unificadora", en una "suerte de religión secular".²⁹ Estos autores reconocen explícitamente que la ideología cubana, con su amalgama de socialismo y nacionalismo, sirve para racionalizar los sacrificios actuales en función de una meta futura. Es decir, primero está la élite rectora, que se proporciona a sí misma el soporte masivo.

El primer pensamiento de Fidel Castro era probablemente la frustración originada por un orden social tradicional, sin una industria que mereciese plenamente ese nombre; la decisión por el socialismo en su caso puede interpretarse como la búsqueda de un modelo de rápida modernización y no como la preocupación por motivos humanitarios propios del marxismo primigenio. Sus paradigmas de desarrollo han estado centrados igualmente en la existencia de una industria pesada comparable a la metropolitana.³⁰ Ahora bien, la determinación explícita de la jefatura cubana de implementar la acumulación primaria implica los riesgos reconocidos por ella misma de tener que poner en práctica métodos coercitivos, exigencias compulsivas de trabajo y cercenamiento de las libertades individuales, con lo que la historia de la acumulación cubana y periférica en general reproduce los sacrificios y las víctimas de la larga historia presocialista. Por consiguiente, no se ve dónde residen las pretendidas ventajas de la modernización en los países que han elegido la orientación marxista.

La popularidad creciente de los modelos socialistas en el Tercer Mundo se debe más a la desilusión de las masas con el régimen del país respectivo que a la realidad del socialismo en la praxis. En torno a éste, las conclusiones son claras. En primer lugar, los frutos nada promisorios tanto del desenvolvimiento más adelantado de la industria como del consumismo metropolitano, nos sugieren que este tipo de civilización no es tan lleno de bondades como lo aseveran sus defensores y lo creen los que no han llegado aún a él; los intelectuales y dirigentes del Tercer Mundo deberían conocer mejor sus lados negativos antes de considerarlo como la única alternativa histórica. Se puede comprender la urgencia que hay en las periferias mundiales por el "desarrollo", pero esto no significa apoyar acríticamente estos anhelos. Se puede pensar en una evolución histórica conscientemente acelerada que esté dedicada a la satisfacción de necesidades vitales como alimentación, vivienda, vestido, educación y libertades individuales, basada en la agricultura, en algunos servicios indispensables y en ciertos tipos de manufactura sencilla, sin tener por ello que imitar la industrialización metropolitana. En segundo lugar, hoy en día puede afirmarse que los experimentos socialistas en el Tercer Mundo no han sido tan positivos como lo han creído sus iniciadores y sus admiradores en Occidente: estos intentos conservan los inconvenientes de las culturas tradicionales y adquieren pocas de las ventajas del mundo modelo exitoso de moderniza-

²⁹ Nita R. Manitzas, "Clase social y nación: nuevas orientaciones", en Barkin y Manitzas (comps.), *Cuba: camino abierto*, México, Siglo XXI, 1974, p. 93.

³⁰ David Barkin, "La estrategia de desarrollo", en Barkin y Manitzas (comps.), *op. cit.*, p. 98. Incluye un análisis del importante discurso de Fidel Castro del 16 de octubre de 1953.

ción en las periferias; existen otros ensayos que no han recibido la atención suficiente de los científicos sociales y que no han dispuesto de grandes aparatos de propaganda para cantarse loas —lo que es indispensable actualmente para no hundirse en la oscuridad—, pero que pueden exhibir logros más brillantes que los países socialistas y a un costo general mucho más bajo: Argentina de 1862 a 1943; Taiwan, Hong-Kong, Malasia y Singapur a partir de 1950; Costa Rica desde 1949; Tonga, Fidji y otros estados de Oceanía a partir de la Segunda Guerra Mundial, y algunos productores de petróleo en los últimos años. Son regímenes muy diferentes entre sí, y su estilo de desarrollo no puede ser asimilado a un modelo único; por otra parte, su éxito no se debe exclusivamente a la existencia de alguna materia prima escasa en el mercado mundial. Es una lástima que los intelectuales, imbuidos de los prejuicios más prosaicos, sólo tengan ojos para comparar India con China o Haití con Cuba.